



ARTES, LETRAS, CIENCIAS.

DIRECTORA-PROPIETARIA: PATROCINIO DE BIEDMA.

AÑO II.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Sr. Administrador del CÁDIZ, Tipografía LA MERCANTIL, calle del Sacramento, núm. 39.
Madrid, en las principales librerías.
Correspondencia literaria: Patrocinio de Biedma Herrador, 8.

No se devuelven los originales que no se utilicen.

20 de Setiembre 1878.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cádiz, un mes, adelantado 2 ptas.
En toda España y Portugal, trimestre, 7
pesetas; seis meses, 13 id., un año, id. 25 »
En Cuba, Pto. Rico, extranjero y republicas
americanas, semestre anticipado, en oro. 30 »

NÚM. 14.

Núms. sueltos 4 rs.—Se publica los días 10, 20 y 30.

SUMARIO.

GRABADO.—Retrato del Excmo. Sr. D. Arsenio Martínez de Campos.—La Equitativa: Vista del edificio que ocupa en Nueva York.

TEXTO: Celebridades contemporáneas, por PATROCINIO DE BIEDMA.—A Juan de Padilla, por F. OCAMPO.—La gran causa del bello sexo, por NICOLÁS DÍAZ DE BENJUMEA.—Poetas: Las dos encinas, por AURELIA CASTILLO DE GONZÁLEZ.—Ayer, hoy, mañana, por EMILIA CALÉ DE QUINTERO.—Andalucía, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Juventud eterna, por EUSEBIO BLASCO.—A Patrocinio, por NICOLÁS DÍAZ DE BENJUMEA.—En un abanico, por C. VIEYRA DE ABREU.—Literatura musical, por VARELA SILVARI.—La equitativa por A.—Un carmelita, por J. M. GÓMEZ COLÓN.—Noticias.—Advertencia.—Anuncios.

CELEBRIDADES CONTEMPORÁNEAS.

EXCMO. SR. D. ARSENIO MARTÍNEZ DE CAMPOS,
CAPITAN GENERAL DEL EJÉRCITO ESPAÑOL.

É aquí un nombre tan popular y simpático que no necesita del prestigio de una biografía para hacerse querido del público!

¡Martínez Campos!

¿Quién no le conoce?

¿Quién ignora que ese nombre condensa los hechos más notables de la época actual?

Héroe ayer, que como un nuevo Cid levantaba con la punta de su espada una corona, que había caído al suelo al impulso de una revolución, para ceñir con ella una frente augusta; genio hoy que une con el mágico lazo de la paz, suave y fuerte á la vez, razas enemigas que al luchar pisoteaban sobre una fértil tierra los gérmenes nacientes de las prosperidades, Martínez Campos es uno de esos seres que admiran como extraordinarios las multitudes, que tienen el privilegio de imponerse á ellas, tal vez sin quererlo, de sorprenderlas y guiarlas.

Y en estos pueblos en cuyo carácter impresionable y movable como la superficie de sus mares, tiene tan fácil cabida el entusiasmo; en estas sociedades que se desarrollan ricas



D. Arsenio Martínez de Campos.

de vida y de vehemencia bajo el rayo de oro del Sol meridional, lo que se admira se ama; lo que se ama se respeta; lo que se respeta se ensalza.

Suele creerse que, en ese flujo y reflujo de pasiones que forma la vida moral de la raza latina, el recuerdo del ayer se borra con el hecho de hoy, bien así como la última ola deshace en la arena la señal de la anterior; que los ídolos que levanta el pueblo sobre el pedestal inseguro de sus impresiones, suelen caer, no por el golpear de la razón que analiza su esencia, sino desmoronados por el olvido y el abandono de los mismos que los encumbraron, que el cansancio es la sombra de la viva luz de nuestra fantasía; pero si esto es verdad cuando se trata de una personalidad que se impone, que domina por sorpresa, y sorprende por audacia, no es ménos cierto que del entusiasmo brota el respeto, de la admiración la confianza, y de la verdad la fé cuando se trata de honrar el que aparece ante la sociedad y ante la historia como la personificación altísima del carácter de un pueblo, que se admira á sí mismo al admirar en él espíritu y virtudes, y que admirándole como ejemplo y modelo, por él se regenera.

En este caso el ídolo no cae, la impresión no pasa, la gratitud no se gasta: en este caso el ídolo se funde en el pensamiento del pueblo, que le identifica á su vida, y aquel nombre deja de pertenecer á una personalidad para pertenecer á una generación, y en vez de brillar sobre una sola familia, envuelve en su luz á la gran familia humana.

Hé aquí por qué la popularidad ilustre del general Martínez Campos no está amenazada de olvido, porque el general Martínez Campos no es el héroe de un día, que aparece, fascina, se impone, y pasa: es el espíritu de la raza española, caballerezco, leal, valiente y noble, que renace, que se levanta de las ruinas que han amontonado sus pasiones y sus desvaríos, y le demuestra que aún puede ser admirada.

Martínez Campos no es sólo un general esforzado, ni un caudillo generoso: es algo más; es el pueblo español en su genuina grandeza; es la personificación de lo que hemos sido, y la esperanza de lo que podemos ser.

La paz que él ha conquistado no es esa amalgama de odios adormecidos, de concesiones vacilantes, veladas por falsas promesas, que suele amasar la diplomacia para dar á los pueblos el alimento del día, dejándoles en perspectiva una necesidad nueva; no, la paz que él ha hecho es la convicción que desvanece el error, el sentimiento adormecido en el fondo del alma que se rehace y dicta sus leyes de fraternidad, de civilización y amor á los que las tenían olvidadas ó no aprendidas: la paz que él ha dado á España es el día que aparece radiante iluminando su alborada con los colores magníficos de la libertad y el bien, y la tristísima noche que oscurecía el desorden, se oculta para siempre en el horizonte de nuestra patria, dejando en pos un recuerdo vergonzoso y confuso de pequeñas miserias, de lamentables debilidades.

El que tales hechos ha realizado vive ya la vida del porvenir, y afianza en la celebridad sus actos, que tienen el valor de un pacto social.

Hé aquí porqué, sin duda, Martínez Campos, que tiene tan buena memoria para recordar sus promesas de honor y cumplirlas; Martínez Campos, que no ha olvidado ninguna de las necesidades de su patria para satisfacerlas, ni ha desconocido el más pequeño detalle que pudiese contribuir al triunfo de la causa que defendía, se olvida completamente de sí mismo, y su voluntad, tan poderosa para retener cuanto puede hacer en bien de España, no guarda ni el más pequeño rastro de lo que ha hecho!...

Esto se explica por la mejor de las razones: cómo ha de pensar en sí el que consagra su vida á un ideal que está sobre el realismo en que se agitan nuestras vanidades y ambiciones, y vé ante su pensamiento no su porvenir, sino el de las sociedades que ha salvado?

Como el águila no se vé á sí mismo, pero su mirada abarca el mundo.

Porque esto es una verdad de la cual acaso se duda en esta época de personalismo egoísta.

Martínez Campos no guarda ni una nota, ni una fecha, ni un detalle de esos grandes sucesos que le han abierto las puertas de la gloria.

Él sabe que estuvo en Cuba, en Africa, en Cataluña, en Sagunto, en Cartagena, en el Norte... sabe que está en Cuba otra vez, pero ha olvidado lo que hizo y olvida lo que hace, ó mejor dicho, ha olvidado cómo realizó esas proezas de que su patria se envanece; ha fijado la vista en el mañana, se ha desprendido del ayer y no se enorgullece del hoy.

¡Pero por fortuna España no ha podido ni puede olvidarlo!...

Los anales de su historia consignarán con orgullo las fechas de esos grandes sucesos, que un pueblo que se estima no descuida nunca tan sagrado deber.

Bien puede el biógrafo pedir datos de la vida pública del general Martínez Campos al libro en que la nación los consigna; nosotros hemos preferido, en vez de ofrecer una relación oficial, y por lo tanto fría, de acciones que palpan con el calor del entusiasmo en todos los corazones, pedir á él mismo esos detalles íntimos que tanto valor tienen cuando se trata de una ilustre personalidad, pero ¡ay! que Martínez Campos en la vida íntima es modesto, sencillo, y con amable risa, y con afectuosa amistad, protesta de que no vale la pena de ocuparse de ello.

En vano lo que no conseguía la escritora lo suplicaba la amiga; el general contestaba siempre:—«¿Qué quiere usted que le diga si soy tan abandonado que lo he olvidado todo?...»

Y era preciso admirar en él hasta ese rasgo de indiferencia á su propio mérito que le dá más valor, porque es extraña, muy extraña, la virtud de olvidar lo bueno que se ha hecho, arriesgando al hacerlo la vida.

Pero en la necesidad de decir algo acerca de él á nuestros lectores al ofrecerles su retrato, y no teniendo ni sus noticias privadas, ni los datos oficiales que creemos inútiles, hemos preferido exponer lo que de él pensamos, uniendo á nuestro juicio el de aquellos que á su lado han combatido por la patria, y han podido apreciar de cerca su valor.

El general, dicen sus admiradores, es el hombre más notable de nuestro siglo. Joven, simpático, leal, fuerte como si fuese fundido en hierro ó en bronce, cual han de serlo más tarde las estatuas que su nación le erija, ni se cansa, ni vacila, ni retrocede jamás.

Su acero, como el acero encantado de aquellos guerreros de la antigua caballería, se abre paso siempre, no con rodeos, sino frente á frente al peligro, y vence sin esfuerzo, como cumpliendo su destino.

Su palabra no es la voz de mando que se obedece por deber, es el sonido vibrante que llega al corazón y le predispone al convencimiento.

Lo mismo ataca al adversario rebelde, que detiene su caballo para interesarse por el pobre soldado herido; lo mismo envía la muerte con mirada certera á los enemigos de su patria, que arroja su pañuelo al pasar para que restañen la sangre del que muere por ella.

En cuanto á su vida íntima, el héroe se transforma en el hogar en el esposo fiel, en el galante caballero; en el padre cristiano.

Unido á una dama tan hermosa como fue-

na, joven como él é inteligente, padre de unos preciosos niños que mañana llevarán con orgullo ese célebre nombre, Martínez Campos se despoja en su casa de esa aureola brillante de gloria, como los guerreros de la edad media se despojaban de la molesta armadura, y allí en el sagrado de la familia, es sencillo, afectuoso, leal para sus amigos, caritativo y generoso para los que gobierna.

Nadie ignora que sobre su honroso uniforme de Capitán General se ostenta altas condecoraciones, pero todos saben también que Martínez Campos más bien las usa como prueba de gratitud á la distinción recibida, que como trofeo ostentoso de su orgullo.

De hoy más brillará sobre su pecho el Toison de Oro que le ha concedido S. M. el Rey D. Alfonso XII, y estamos seguros de que el invicto General aprecia más en esta egregia concesión, el recuerdo de el soberano, que su significación altísima.

¡Que Dios prolongue largos años la brillante vida del general Martínez Campos, para que vea terminada la gran obra que ha comenzado, y pueda España enorgullecerse de que, aún en sus días de prueba, ha merecido tener un hombre capaz de salvarla!...

PATROCINIO DE BIEDMA.

Cádiz: 1878.

A JUAN DE PADILLA.

Carta de abajo motivada por una alusión personal de arriba

¡QUE en esa mansion de los justos donde te hallas ¡oh ilustre jefe de las Comunidades de Castilla! teneis el buen gusto de leer el CÁDIZ, voy á permitirme, contando con la amabilidad de su bella y simpática Directora, utilizar como estafeta ese nuevo medio de comunicacion con el otro mundo para manifestarte mi reconocimiento por haberte dignado estampar mi humilde nombre en uno de los mejores párrafos de la tan bien escrita carta que has dirigido á la ilustre dama en quien, á juzgar por su talento y erudicion, debe haber reencarnado el espíritu de Doña Beatriz Galindo, llamada por antonomasia *La Latina*, en razon á sus profundos conocimientos en el idioma de Ciceron, ó el de Doña Luisa Medrano que llegó á regentar una cátedra en Salamanca, ó el de alguna otra de aquellas doctísimas hembras que florecieron en el reinado de Isabel I, y que tú probablemente alcanzarías. Tal vez de esto provenga tu conocimiento y amistad con la eminente escritora que dirige el CÁDIZ; de suerte que la señora á quien nosotros llamamos Doña Patrocinio Biedma, para tí conservará el nombre de alguna mujer ya ilustre y famosa á fines del siglo XV ó principios del XVI.

Esta mi creencia se funda en que tengo algo de espiritista y aún me parece que he vivido antes de ahora, quizá en tu mismo tiempo, y con el propio nombre que llevo actualmente. Cuando tú eras militar, quiero decir, cuando se alzó Castilla en armas para defender su constitucion interna brutalmente conculcada por los flamencos, y te nombró caudillo de sus tropas, y se contaba entre ellas un brillante escuadron de clérigos—entonces no eran carlistas—organizado por el intrépido Acuña, Obispo de Zamora, hallábame yo en esta ciudad, que fué mi cuna. Era entonces muy joven, y por esta circunstancia y por la de no haber sido yo muy devoto de los Comuneros, no oirías hablar de mí; pero ya sabrás que despues de vuestro suplicio y regreso de D. Carlos, este príncipe me nombró cronista. Ya ves cuan poco se parece el Florian Ocampo de ayer al de hoy: la ley del progreso se ha cumplido en mí como todos los seres: sólo conservo de mi anterior existencia la afición á los estudios históricos; pero el antiguo realista se ha transformado en furibundo demócrata.

Considera, pues, noble Padilla, cuanta habrá sido --dadas mi nuevas ideas políticas-- la satisfaccion que experimentaria al leer una carta de ultra-tumba suscrita por un nombre que, aunque *de guerra*, es para mí tan querido y reverenciado. Digo que tu nombre

es de guerra porque ha pasado á la posteridad unido al recuerdo de la sangrienta lucha que terminó en Villalar; y añado que, á pesar de esta circunstancia yo te estimo y quiero como á un hermano. Esto requiere explicacion. No sé si por haber sido canónigo en mi precedente encarnacion, soy aficionado á la vida sosegada y tranquila; por lo cual, ó porque me precio de buen cristiano, y tengo presentes aquellas palabras de Jesus: «¡Bien aventurados los pacíficos!» es lo cierto que me inspira horror invencible la guerra y en todos mis escritos la condeno y abomino de ella como cosa indigna de los seres racionales, que debieran ya proscrbirla. Este es el ideal; pero yo bien sé que hay guerras santas, y que la fuerza, cuando se pone al servicio del derecho, en un elemento civilizador: el ejército que defiende la patria y el soldado que combate por la libertad tendrán siempre con las bendiciones de la historia, los ecos más vibrantes de mi lira.

Aborrezco al pretoriano infame y servil que se convierte en máquina de un imbécil despotismo; pero doy mi aplauso y estimacion al militar digno que sólo pone su espada al servicio de la nacion; y si además de esto simpatiza con «esos monstruos que sacrifican su vida ó su bienestar á un ideal escrito en el Evangelio y que, despues de todo son honrados», entónces digo lleno de júbilo que en pueblo donde así piensan los hombres que empuñan las armas, no prevalecerá nunca el odioso absolutismo. Por fortuna, la milicia en nuestro país comulga en tu iglesia ¡oh mártir de la libertad! yo me complazco en reconocerlo, y no ha muchos dias tuve el gusto de consignarlo en un artículo que bajo el epígrafe de *Eleuterias ó fiestas de la Libertad*, publiqué en *La Propaganda*, periódico literario que ve tambien la luz en esta ciudad. Si en los espacios que ahora habitas, no hay noticia de tal publicacion, yo tendria gran placer en remitirte el número á que hago referencia; pues en él verás que yo, lejos de ser enemigo del ejército, hago su debido elogio, aunque deseando que todos sus instrumentos de matar se oxidaran por desuso y pudiéramos convertirlos, como supone la tradicion que lo practicó Witiza, en útiles de labranza.

Y al expresar este deseo mio, satisfago el tuyo de que yo me fijo sobre el tema de tu carta, á saber, que la verdadera revolucion, esto es, la revolucion moral, se hace sin necesidad de alborotos ni motines, por medio de la instruccion. Grande honor y fortuna es para mí que coincidan tus ideas, ¡oh soldado del progreso! con mis profundas convicciones; y aún me felicito de que vayas más allá que yo sobre este punto. Yo, en efecto, soy panegirista incansable del libro y de la escuela: creo que la palabra tiene más fuerza que los cañones: concedo á un puñado de tipos de imprenta más poder que á todos los ejércitos del mundo: sostengo que en la tribuna alcanza el pueblo victoria más decisiva que no en las barricadas: condeno los procedimientos de la fuerza y todo lo aguardo de la virtud de los principios; mas reconozco que los ideales se manchan con las impurezas de la realidad histórica; que el hombre no es tan sólo espíritu sino tambien cuerpo, y por tanto no sólo es *razon* sino tambien *fuerza*; que los intereses lastimados por la idea innovadora sólo ceden el puesto á la violencia; y que los poderes sistemáticamente abusivos, injustos y opresores, legitiman, provocándolas, esas terribles explosiones de la cólera popular que se llaman revoluciones.

Ni deben condenarse en absoluto, ni de todas puede hacerse una cabal defensa; pero algunas tienen su completa justificacion ante el tribunal de la historia. ¿Cuál debe ser el criterio para juzgarlas? La escuela política á que me honro pertenecer le posee muy claro y terminante. Cuando todos los derechos del hombre y del ciudadano se respetan y los caminos de la legalidad están abiertos, la insurreccion es un crimen; pero si no hay más ley que la arbitrariedad, y el pensamiento no puede emitirse libremente, ni los derechos ejercitarse, ni la victoria pacífica conseguirse porque la tiranía se sobrepone á la razon y la justicia, entónces hay que apelar al doloroso recurso de la fuerza.

Y esta doctrina no es patrimonio exclusivo de la democracia. Sabido es por los que conocen la obra que bajo el título *De rege et regis institutione*, escribió el P. Mariana, que muchos teólogos consideran legítimo y santo el derecho de rebelion contra el príncipe tira-

no, y aún algunos llegan hasta sancionar el regicidio en este caso. Tales predicaciones pusieron en manos del fraile Jacobo Clemente el puñal con que arrancó la vida á Enrique III de Francia; y lo peor fué que aquel asesinato hallara excusas, por no decir panegiricos, en labios que sólo debieran abrirse, como los de Jesucristo, para pronunciar palabras de amor y de bondad. Sin tocar en los extremos de las teorías jesuíticas, ya mucho ántes de que Loyola apareciera en el mundo, el ilustre San Isidoro habia escrito: «Reges á recte agendo vocati sunt; ideoque recte agendo, regis nomen tenetur; peccando, amittitur.»

Vosotros, animosos comuneros, obrásteis en conformidad á las enseñanzas del egregio arzobispo de Sevilla. Pisoteados vuestros fueros, desoidas vuestras quejas, menospreciadas vuestras peticiones tan reverentes en la forma como justas en el fondo, os alzásteis con gallardía en defensa de la causa popular, que era justa y santa; y aunque la sentencia de vuestros inicuos jueces os declaró traidores, porque como dijo Calderon,

en batallas
los que vencen son leales,
los vencidos son traidores,

la posteridad, desagraviando vuestra memoria, ha esculpido en el santuario de las leyes, y al frente del largo martirologio de la Libertad española, los nombres de aquellos héroes que, despues de pelear como caballeros, fueron á morir como cristianos en la plaza de Villalar.

¡Ah! los que maldicen de todas las revoluciones porque muchas han cometido excesos y algunas se han manchado con grandes crímenes, debieran reprobar igualmente los que ha perpetrado la tiranía, y no gastar toda su conmiseracion en las víctimas del furor popular, pues tambien la merecen los mártires de la libertad y del pensamiento sacrificados á las iras del poder. Es muy natural que nos horroricen las atrocidades de la revolucion francesa, pero tambien debe caer bajo nuestra execracion la cobarde y brutal manzanza de la noche de San Bartolomé; y sin embargo hay gentes que, poseidas de santa indignacion contra la obra del pueblo, no censuran con tanta frecuencia ni energía la obra del rey. Ojos hay que lloran siempre ante el recuerdo de Luis XVI en la guillotina, pero que nunca han derramado una lágrima al evocar el recuerdo de tantos infelices que fueron bárbaramente atormentados, y perecieron en las hogueras por el horrendo delito de *pensar* en religion segun su criterio.

De consiguiente, si crímenes se han cometido por las revoluciones en nombre de la libertad, como dijo una víctima ilustre de la guillotina, iguales ó mayores se han ejecutado por los reyes en nombre del orden; y si hemos de condenar todos los movimientos populares tan sólo porque algunos han dejado una huella sangrienta, el argumento se puede retorcer contra instituciones muy queridas de aquellos que le emplean. Caiga, pues, nuestro anatema sobre todas las iniquidades, cualquiera que sea la mano que las ejecute ó el labio que las autorice, y no maldigamos de esas tempestades políticas que, como las de la atmósfera, si desprenden el rayo que hiere la encina secular, y desgajan el torrente que inunda los hogares y estraga las campiñas, en cambio limpia de miasmas el aire para que lo respiren más diáfano y más puro aquellos mismos que niegan la accion bienhechora, fecunda y providencial del terrible meteoro.

Pero, así como el progreso científico ha desarmado á Júpiter y encadenado sus rayos al prodigioso invento de Franklin, así el progreso moral hará menos frecuentes y espantosas las descargas de la electricidad revolucionaria. Comencemos por reconocer que en la produccion de tal fenómeno tienen tanta parte los que, resistiendo ciega y locamente el impulso reformador, cargan las nubes de fluido negativo, como los que, organizando la conspiracion, desarrollan el positivo; y digamos francamente que á unos y otros es imputable la responsabilidad del choque. Este no podrá evitarse nunca, porque las instituciones, como los individuos, tienen instinto de conservacion y defenderán la vida hasta morir; pero debemos confiadamente esperar que la lucha será cada vez menos larga y menos sangrienta. La ilustracion, difundida incesantemente por el libro y el periódico, la escuela y la

tribuna, irá minando con la pólvora de la idea los cimientos de los poderes caducos y de los sistemas desacreditados; y, una de dos, ó lo antiguo y condenado á muerte por el tiempo capitula y transige para resolver pacíficamente el conflicto, ó verá desplomarse en un momento su agrietado alcázar.

En resumen: mientras que tú, ¡oh el mejor caballero de Castilla! tú que desnudaste como soldado valeroso el duro acero para darnos la pauta de nuestros pronunciamientos, hoy predicas contra toda apelacion á la violencia y crees que el mundo está ya en el caso de no hacer otras revoluciones que las puramente morales, yo, el enemigo jurado de la guerra, opino que por desgracia, aún vivimos en plena edad de las revoluciones materiales, que es como llama el célebre historiador Weber al período contemporáneo. ¿Y cuál es, en tal supuesto, el deber de todos los que desean economizar á los pueblos esas dolorosas convulsiones suavizando al propio tiempo su rudeza y disminuyendo la intensidad de los males que ocasionan? Difundir la instruccion, dulcificar los sentimientos, hacer simpáticos los nuevos ideales, y enseñar que aún al dar la batalla contra los poderes establecidos deben ser respetadas las personas que los representan. Para que la victoria sea legítima y fecunda y duradera, es necesario que se cimente en la razon y se acompañe de la generosidad: no ha de redundar en provecho de unos pocos sino en beneficio de todos. Cuando las revoluciones no son reclamadas por la necesidad y no llevan por norte la justicia y por fin el progreso, no tienen razon de ser y su vida es corta, porque como tú dices lo que sólo por la fuerza se levanta, ya sea el establecimiento de una república, ya la restauracion de una monarquía, por la fuerza tambien, más tarde ó más temprano, se destruye y aniquila.

F. OCAMPO.

LA GRAN CAUSA DEL BELLO SEXO.

Decoracion octava.

CUANDO se realiza un hecho en la esfera social, difícilmente puede señalarse entre las muchas causas que concurren á producirlo, cual fué la más activa é influyente, y si esto se logra, de seguro que no será una sola, aislada y exclusiva, y cuando así fuese, todavía tendríamos que ir más allá buscando los antecedentes ó causas de aquella causa.

No hay duda de que la reforma protestante es la más visible, activa é influyente, á la larga, para que la mujer venga á conquistar todos sus derechos; y digo á la larga, porque tiempos hubo en Inglaterra en que, bajo el dominio de los puritanos, la mujer ni pensó ni pudo soñar siquiera en emanciparse. Los puritanos, ó santos ó santurriones, como les llamaban, si no eran buenos maridos en realidad, tenían que serlo en apariencia, y detestando, cual lo hacian, los teatros, espectáculos, paseos, diversiones, cafés y casinos, por fuerza habian de vivir con la patita quebrada al lado de sus mujeres, y aquí se prueba perfectamente que la mujer es buena de indole, pues teniendo quien efectivamente la ampare y la mire y guarde siquiera las formas, como en estilo gabacho hoy decimos, está al parecer contenta y satisfecha y no se lanza á buscar pan de trastrogo.

Esta razon me temo que no ha de convencer á los versados en la moderna literatura, que nos pinta á las mujeres rabiando cuando tienen un marido casero que no las deja ni á sol ni á sombra, y á la mayoría de ellas deseando que el esposo tome la puerta y vaya á sus clubs y comités para poder ellas hacer por su parte lo que les plazca. No obstante, ambas aserciones son verdaderas, y lo que ha cambiado en este punto no son las mujeres sino el estado social. La mujer del siglo XIX puede cansarse de un marido casero y hartarse de reclusion, porque sabe que en dando dos pasos tiene teatros, bailes, funciones y sociedad en que solazarse; pero en la época á que nos referimos, las ciudades eran de noche cementerios, y como no habia donde ir y todos se estaban en sus casas, mal podian nacer ni hallar estímulos esos deseos ó pujos de libertad.

Volviendo á nuestro asunto, digo que la reforma religiosa, en el hecho de permitir y aún ordenar á la mujer la lectura de la Biblia, y lo que es más, la interpre-

tacion de su espíritu á su albedrío, puso desde luego á las inglesas en mejor condicion y las elevó en instruccion y en ejercicio de sus facultades intelectuales por encima de las mujeres á quienes estaba prohibido este exámen é interpretacion.

Digase lo que se quiera, las santas escrituras son una lectura seria y por la variedad de su narracion y las sentencias y máximas de sabiduría que contienen, pueden formar un fondo ó caudal espiritual áun en la cabeza más medianamente organizada, y claro es, que las jóvenes, aunque sólo se nutriesen de esta lectura, habian de estar por encima del nivel de las de otras naciones donde el leer no era sistemático, ó estaba reducido á romances ó novenas. Tenian por lo ménos este derecho inalienable y reconocido, y estaban libres de caer en la completa ignorancia en que otras han caído en ciertas épocas, que se miró mal y se prohibió que las mujeres aprendiesen á leer y escribir. De tal libertad no se hicieron indignas, lo que prueba que la mujer inglesa la merecia y comprueba el dicho que, cada cual tiene lo que se merece, ó lo que es más exacto, aunque parezca verdad de Pero Grullo: «que los hechos tienen lugar, allí donde se dá lugar á los hechos;» y aquí volvemos á las condiciones de clima, raza y temperamento, que ántes y primero que todo son las verdaderas causas.

En España, por ejemplo, se leia tambien la Biblia traducida al castellano; pero no hubo el seso, ó la disciplina, ó la discrecion conveniente, y fué necesario prohibir su lectura. Lope de Vega dá los motivos de esta prohibicion en su *Dorotea*, donde por boca de la alcahueta Gerarda, dice: «En mi tiempo la habia en romance y estuvo muy bien quitada, porque somos muy bachilleras las mujeres, y no hay pocos ignorantes hombres.»

Se comprende perfectamente, dada la viveza, penetracion y malicia de los caracteres meridionales, lo que sucederia con lecturas de innumerables pasajes del antiguo testamento, mientras que el hecho es que en Inglaterra hombres y mujeres han leído y siguen leyendo este libro sin que haya habido motivo, ni por bachillerías femeninas ni por ignorancias masculinas, para retirar esa libertad, suprimir ese derecho é imprimir los libros santos en latin para que la mujer no los entienda.

Y no se diga que el estudio y lectura de la Biblia por lo árido de la tarea y contenido extenso se olvide ó mire con indiferencia por la mujer, á quien llama frívola el sexo fuerte. Su uso es obligatorio en los colegios de niñas, y es maravilloso ver el tesón con que la estudian, hasta el punto en que los Domingos, en los ratos de recreo de los colegios, se entretienen las jóvenes en proponer charadas sobre personajes y asuntos de las escrituras sagradas, que aciertan con una presteza admirable, lo cual supone que tienen, como suele decirse, en la uña, todos los capítulos de un tomo tan voluminoso.

De igual modo se observa que no es lectura frívola ó hecha por cumplir, en el hecho de usar con mucha frecuencia en las conversaciones de sentencias bíblicas é incluirlas á menudo en la correspondencia epistolar entre amigos y amantes. De esto se desprende, que la mujer inglesa es por naturaleza sencilla, y de juicio más sano y recto, por más que sea más tarda de comprension que la española.

Su mente, como el Sol, puede pasar por cosas inmundas sin manciarse, y siguiendo el razonamiento de San Pablo, que nada hay inmundo si no es la imaginacion, vendremos á concluir, que la de las mujeres inglesas, que no han abusado de su libertad en este punto con bachillerías ó maliciosos comentarios, tiene la imaginacion limpia por lo ménos. Resulta, además, que al venir la reforma religiosa, vino á un pueblo que podía adoptarla, y que al dar esa libertad de conciencia á la mujer, podía dársela sin peligro, ó lo que viene á importar lo mismo: que «los hechos tienen lugar, allí donde se dá lugar á los hechos.»

La cuestion, pues, de emancipacion, se resolvía desde el momento en que se planteaba con la reforma religiosa y consiguiente libertad de conciencia. Quien puede aprender y guiarse por sí mismo en el difícil negocio ó ciencia de la salvacion del alma, ¿habia de ser ménos apto para aprender y guiarse por sí en las demás carreras, artes, ciencias ó profesiones de la vida? Tal razonamiento salta á los ojos. Abolida la direc-

cion espiritual del confesonario, la mujer inglesa era su guía y directora y seguía libremente su criterio y el dictado de su conciencia en lo más grave, difícil y espinoso. ¿No es locura, estupidez y absurdo que vinieran las leyes ó las costumbres á considerarla incapaz de otras cosas más fáciles y posibles? ¿Quién podía lógicamente coartar la libertad del sexo en lo ménos, cuando se le daba libertad completa en lo mas?

Pues este absurdo fué un hecho; esta locura un principio; esta estupidez una costumbre desde la época de la reforma hasta mediados del presente siglo. Tan cierto es que las verdades producto de induccion lógica, no basta que sean lógicas para ser puestas *incontinenti* en práctica. Pueden ser muy justas y verdaderas en teoría, y áun admitidas por más ó ménos cantidad de personas; pero no se realizan hasta que la sociedad está en sazón, hasta que se dá lugar al hecho. Fué menester que pasasen tres siglos, que se creasen ciertas circunstancias y condiciones, que hubiese su predicacion, su oposicion, su lucha y que triunfase su causa con exhuberancia y profusion de argumentos y de hechos para que viniese á ser hoy una verdad práctica, lo que hace trescientos años era ya una verdad teórica, que sin embargo de serlo, nadie la vió ni la comprendió bajo el punto de vista del derecho ni de la lógica. Entonces como siempre hubo defensores de la igualdad de derechos de la mujer; pero fundados en otros argumentos que podríamos llamar de simpatía y de estima; pero sus defensores jamás se elevaron á sentar sus razones sobre el cimiento firme de la lógica y del derecho.

La verdad es, que á raíz de grandes sucesos que están destinados á cambiar la faz de los pueblos y el curso de las ideas, no es fácil tampoco medir todo su alcance ni prever todas sus consecuencias. La reforma que aparentemente no fué más que separacion de la autoridad de Roma, entrañaba una serie de cambios y revoluciones profundas, puesto que entrañó un cambio de frente en la idea esencial de la ciencia de las ciencias. Sustituyendo el estudio de la naturaleza visible al de sobrenatural, mística é invisible; y dedicando la atencion de los hombres á corregir abusos, rectificar errores y mejorar la condicion humana física y socialmente en vez de dejarla correr con indiferencia pensando que esta vida era un destierro y que la futura era lo importante, se introdujo un cambio radical en la actividad y en las creencias que dió por resultado el progreso moderno, que ni voy á negar en este momento con Lamartine, ni á defender con Pelletan, sino á hacer constar que es hijo legítimo de la reforma.

Otro hecho importante conviene consignar aquí, y es, que si Inglaterra se hubiese conservado completamente aislada, contando con sus fuerzas solas, y dependiente sólo de su ingenio, acaso habríamos visto maravillas en el órden social como nos las ha ofrecido en el político. Abandonada á su inteligencia y á su instinto inventó el sistema representativo que las demás naciones han adoptado, ¿Quién sabe si, imitando á la China en Europa, habria producido otros organismos *sui generis* en consonancia con su raza, clima y temperamento? Pero Inglaterra, con todo su espíritu nacional, patriótico y exclusivista, aunque por largos periodos quiso vivir vida propia y odió y rechazó innovaciones é influjos del continente, no pudo resistir á la ley superior y providencial que tiende á estrechar las relaciones de los pueblos entre sí, para que formen algun día la gran familia humana.

Si nada tomó en política, en ideas y costumbres, en artes é industrias ha tomado de todo el mundo.

La educacion de la mujer, la vida de familia, el teatro, el amor, el matrimonio, el honor, los vemos, á alternativas, parecer hechos, costumbres y conceptos puramente ingleses, barnizados de un fuerte tinte británico; pero á veces les vemos amoldados á la continental ó exclusivamente á la francesa, hasta que en los últimos años desaparecen casi por completo las preocupaciones ó carácter nacional para presentarse con entera fisonomía europea.

Yo no me atrevo á decir si ha ganado ó ha perdido con esta infusion y transformacion. Costumbres hay en la historia de todas las naciones cuya desaparicion se lamenta y en cambio se introducen otras exóticas, de que al cabo vienen á enorgullecerse y congratularse los pueblos. Extranjeros hay que quisiera ver á España con bandidos, frailes, contrabandistas y mulas de

alquiler para viajar por sendas y trochas y ventas para comer mal y dormir peor, diciendo que todo esto era muy poético y daba colorido á los viajes. Lo mismo sucede en Inglaterra poco más ó ménos, y no obstante, los hombres discretos aman el progreso y los cambios que se han introducido, y en vez de llamar *perros sucios* á los franceses, como sucedia á fines del siglo pasado y principios del presente cuando veian la estampa de cualquier hijo de San Luis, hoy se envanece la aristocracia y blasonan los elegantes de vestir á la francesa, vivir, comer y beber á la francesa é imitar á sus vecinos en todo cuanto les es dable.

Con todo eso, la libertad dada á las mujeres no es de importacion francesa, por más que los jacobinos la proclamaron jurídicamente en su revolucion famosa. Inglaterra se ha curado poco de constituciones, teorías y declaraciones de derechos.

Es más, ha mirado siempre de reojo y de *de mal magate* á la república y todas sus doctrinas sobre autonomía, aunque prácticamente sea el pueblo más autónomo del orbe. La libertad ó emancipacion de la mujer ha sido producto de varios fenómenos sociales que se fueron haciendo sentir sucesivamente y con un procedimiento tardo y perezoso. No se acuerdan para nada de la reforma cuando admiten, por ejemplo, á *Mary Walker* en el colegio de medicina, ni piensan en teoría alguna cuando dan sus votos á *Miss Taylor* para representante en la Cámara de los Comunes.

A la altura en que se encuentran han llegado por la observacion y la experiencia de hechos, de abusos, de injusticias é iniquidades sufridas por la mujer, y la conceden sus derechos sin ocurrírseles tal vez hacer la historia de su emancipacion que yo he emprendido, y continuará con nuevos y curiosos datos en la decoracion siguiente.

NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA.

Madrid: 1878.

LAS DOS ENCINAS. (1)

En un bosque, inmediatas
Hay dos encinas,
Ambas son corpulentas,
Y ambas erguidas;
Mas una de ellas
Por el fuego de un rayo
Se mira seca.

Su vecina orgullosa
Feroz la insulta
Haciendo de su estado
Sangrienta burla;
—Con tal vestido,
La dice, en este invierno
No tendrás frío!

—Cual tú me ví cubierta
De verdes hojas;
Como tú á los paseantes
Presté ancha sombra;
Medita un poco
Que hasta el fin, cara amiga,
Nadie es dichoso.—

Con voz débil responde
La triste encina,
Que aunque pobre y doliente,
No es ménos digna.
Pero el consejo
Desprecia la que brilla
Con manto regio.

Mas ¡ay! que la fortuna
No es Sol perenne,
Y sus noches brumosas
Y oscuras tiene.
Ni es cual montaña;
Sino mar movedizo
Que arrulla ó brama.

Un leñador al bosque
De las encinas,
Armado de hacha fiera
Se vino un día,
Y á mi princesa
Con tajos y más tajos
Echó por tierra.

(1) Del libro inédito *Fábulas*.

*El que de la fortuna
Se vé en la cima,
Para hacer su descenso
Gradas no mira,
Y echa en olvido
Que cuando faltan gradas
Hay precipicios.*

AURELIA CASTILLO DE GONZALEZ.
Almería: 1878.

AYER, HOY Y MAÑANA.

I.

Huyeron, ya no vuelven; por siempre están perdidas
En mi fugaz pasado, mis horas de placer:
Del árbol de mi vida son hojas desprendidas
Que en su revuelto giro precipitó mi ayer.

Ayer, mentido ensueño de mágica bonanza
Que presentó cual galas de incomparable edem;
Creencias é ilusiones de eterna bienandanza,
Al corazon venturas, laureles á mi sien.

Y cuando correr quise, tras el fantasma extraño
Que tan brillante senda dejaba de sí en pós,
Del sueño despertando al rudo desengaño,
Oí, lento extinguirse, el eco de un adiós.

Adios, pues, para siempre, visiones de un instante;
Si nuestro dulce encanto ya á mí no ha de volver
Llevad, os lo suplico, llevad de mí distante,
Hasta la fiel memoria de que he tenido ayer.

II.

Por ruda, áspera senda que el cespéd ya no alfombra,
De mi destino aciago siguiendo la ley voy,
Y cual desierto ingrato que niega amada sombra,
Mi vida, sin halago, se ofrece á mi alma hoy.

La hermosa perspectiva, que de mi bien emblema
Entre arreboles claros un día distinguí,
Tornóse en negre antro, dó se destaca un lema
Que dice: «La ventura, mujer, no existe aquí.»

Y sigo mi camino llamando á la esperanza
Por ver si así reanimo mi yerto corazon,
Y un eco va á mi paso diciendo: «avanza, avanza
Hasta encontrar más léjos tu santa aspiracion.»

Y salvo en mi carrera abismo tras abismo,
Y aunque mi pié vacile, jamás vencida soy:
¿Qué genio misterioso me impulsa al heroísmo
Que en esta recia lucha sostengo activa hoy?

III.

Allá donde la vista no más sombra percibe,
En medio de ese espacio que el hombre jamás vé,
En el azul del Cielo, *mañana*, bella escribe,
Con luminosos rayos la antorcha de la fé.

¡Mañana! es el mañana que en mi esperanza guardo,
El talisman querido que evoco en mi dolor,
El premio apetecido que en mi descanso aguardo,
Volando, redimida, el alma al Hacedor.

¡Sigamos la jornada pisando los abrojos,
Qui haciendo un doble esfuerzo podré llevar mi cruz,
Y a terminar la vía verán al fin mis ojos,
Unadivina aurora de inextinguible luz.

Años vanos delirios de edad más venturosa,
Prestidme el bien tan sólo de esta creencia fiel;
Que a visitar el hombre mi solitaria fosa
Con su plegaria deje, simbólico laurel.

EMILIA QUINTERO Y CALÉ.
Lugo 1878.

ANDALUCÍA.

Un sabio me dijo un día
Que el ser salada la mar,
Es porque de Andalucía
La tierra viene á besar.

PATROCINIO DE BIEDMA.
Cádiz: 1878.

JUVENTUD ETERNA.

¡Ya soy vieja! me decía
Una célebre hermosura
Que con intensa amargura
La vejez llevar veía.
Te acuerdas de lo que fui?
(Decía) y cómo cuanta fé
Á tantos hombres amé
Que se morían por mí?

¡Ay de llorar me dan ganas
Viendo entre sordos dolores
Cómo se van los amores
Y cómo vienen las canas!
Y en tranquila soledad
Fuimos, conquista á conquista
Contándolas, y la lista
Resultó una enormidad.

Más repasando uno á uno
Triunfos, glorias y quebrantos
Resultaba que entre tantos
Amantes, no amó á ninguno.

Á este quiso por sincero,
Á este otro por consecuente,
Á uno porque era valiente
Al otro por caballero.

Á tal para dar martirio
Al que de ella se alejaba;
Á cual porque la ofuscaba
Con su amoroso delirio.

De este la rindió el tesón,
Y de este la rectitud,
Amó á mil por gratitud
Y á otros mil, por compasión.

Y fuimos probando así
Que aquel corazon hidalgo
Á todos quiso por algo
Y á ninguno *porque sí*.

Torna á empezar la madeja,
Le dije, y que el tiempo agu arde;
Y ella dijo: ya es muy tarde
¿No ves que voy siendo vieja?

La dejé con amargura
Pensando al ver su aflicción
Lo pasajeras que son
Las glorias de la hermosura.

Y de vista la perdí
Y al año me la encontré,
Y tan cambiada la hallé
Que apenas la conocí.

Como despierta de un sueño
Quien la ventura soñaba
Así el placer se pintaba
En su semblante risueño.

Y con alegre rubor
Me dijo en cuanto la ví:
Te vas á reír de mí....
Pero estoy loca de amor!

—¿Por quién? —Por un ser vulgar.

—¿Jóven? —De la edad no sé.

—¿Tendrá talento? —No á fé.

—¿Es guapo? —Puede pasar.

No me pidas la razón
De este amor hondo y sincero,
Yo sólo sé que le quiero
Con todo mi corazón!

Que siento en mí renacer
Mis alientos juveniles,
Que en mis alegres abries
Ni fui niña, ni mujer.

Ni amante, ni enamorada
Ni vehemente, ni dichosa;
Si esto es amor, esto es cosa
Que no se parece á nada!

Pienso que el tiempo me deja
Hacer un alto en la vida,
Yo estaba ayer confundida
¿Verdad que no soy tan vieja?

—¡No! la dije; tú serás
Feliz cual tu alma merece,
Si el corazon no envejece
¿Qué te importa lo demás?

¡Ama! que al alma indemnizas
De su pasada aflicción
Y es Fénix el corazon
Que nace de las cenizas.

Y en fin, le dije al partir,
Mujer que sabe sentir
Sabe al tiempo avasallar,
Y es.... que cuando empieza á amar

Es cuando empieza á vivir.

EUSEBIO BLASCO.
Madrid: 1878.

Á PATROCINIO DE BIEDMA.

Yo quisiera tener en este instante
Para cantar tu nombre esclarecido,
De Homero el genio, y el viril latido
Que resonó en el cérebro del Dante;
Pero mucho me temo que aunque cante
Tu valor, de esas dotes asistido,
El fuego quede en nieve convertido
Y en enano el concepto más gigante.
Para ensalzar la fama ¡oh Patrocinio!
Que ya del mundo en el recinto cobras,
De tu eterno reinado vaticinio,
Á tí misma te bastas y te sobras;
Que pedestal y estatuas colosales
Las tienes en tus libros inmortales.

NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA.
Madrid: 1878.

EN UN ABANICO.

Ayer bella y sonriente
Viste en tus ojos el fulgor
Que derrama el Sol naciente,
Y me pareciste flor
Que perfumaba el ambiente.

Hoy contemplo en tu mirada
Cierta languidez, hermosa;
Tal vez la suerte menguada
Al robar la paz dichosa
Dejó la flor marchitada.

C. VIEYRA DE ABREU.
Madrid, 1878.



LA EQUITATIVA.

ENTRE los monumentos arquitectónicos de la gran metrópoli americana, llama muy especialmente la atención de los viajeros, por su suntuosidad y elegancia, el magnífico palacio de mármol que representa nuestro grabado, perteneciente á la sociedad de seguros de vida «La equitativa de Nueva York».

Situado en el centro comercial de la ciudad—Broadway, 120 esquina á Cedar—tienen alojamiento espléndido en el edificio las oficinas de la compañía, reputadas por ese motivo como las mejores de su clase en el mundo; y el resto se halla arrendado á diferentes bancos, casas de comercio, empresas de ferro-carriles, abogados, ingenieros etc., obteniéndose una renta total de más de 200.000 duros de las habitaciones que estos ocupan.

La arquitectura es del renacimiento, semejante á la adoptada en los modernos edificios de París, contruidos por iniciativa de Napoleon III, para el embellecimiento de aquella capital, antes de la última guerra que tan desastrosa fué para la Francia. En la parte mas elevada se halla establecida una estacion de señales, á cargo de un oficial de la Armada, que comunica diariamente sus observaciones sobre el estado de la atmósfera al departamento del ramo en Washington. El servicio de los pisos altos se hace por medio de ascensores que funcionan á todas horas del día, obteniéndose así crecidos alquileres por habitaciones que de otra suerte serian poco solicitadas á causa de su inaccesibilidad. Resta sólo añadir, para que nuestros lectores puedan formar idea aproximada de las dimensiones y comodidades de ese edificio, que en él habitan ordinariamente más de 400 personas.

La magnificencia de tan valiosa obra bastaría por sí sola para acreditar el estado floreciente de la compañía propietaria, que la erigió con objeto de instalar en ella sus oficinas y obtener á la vez un producto considerable de los capitales invertidos; y, sin embargo, pasando la vista por el último balance que ha publicado dicha Sociedad, se viene en conocimiento de que el valor de esa finca sólo constituye una exigua parte de su activo. Con efecto, á principios del corriente año contaba «La Equitativa» con un activo total de más de 33 millones de duros, invertidos principalmente en propiedades inmuebles, hipotecas, bonos, y renta de los Estados-Unidos; resultando un sobrante de 6,200.000 duros para los tenedores de pólizas, en concepto de beneficios realizados, después de deducir el importe de todas las obligaciones y la reserva necesaria para garantía de las pólizas vigentes.

Este resultado extraordinario debe atribuirse muy principalmente á la buena administración de la compañía, confiada como es de pública notoriedad, á personas del mayor arraigo, probidad é inteligencia. Sólo así se explica el rápido incremento de una Sociedad fundada en 1859 con un capital de 100.000 pesos, en competencia con otras ya antiguas y acreditadas. Sólo así se explica la aceptación que ha tenido en todas aquellas naciones adonde ha extendido sus negocios, y la justicia que en todas partes se hace de la exactitud é integridad con que cumple sus compromisos.

Además de las innumerables agencias exparcidas por los diferentes estados de la Unión americana, existen sucursales con vida próspera en las Repúblicas de la América central y del Sur, en las Antillas, en Inglaterra y en Francia, y no está lejano el día de que España goce también de los beneficios de tan filantrópica asociación, á juzgar por el interés con que ha sido acogida desde que se ha dado á conocer al público, figurando ya entre los asegurados españoles gran número de personas distinguidas y de elevada posición social.

¿Quién puede desconocer las ventajas que la institución del seguro de vida está llamada á producir entre nosotros? La necesidad del seguro de vida se funda en la exposición en que se hallan las familias de quedar destituidas de recursos por muerte natural de sus protectores; es, por tanto, una medida de sabia previsión y prudencia el precaver semejante contingencia. En las sociedades patriarcales ó primitivas, los bienes ó rentas de un hombre desaparecían pocas veces con su muerte, y lo más común era que pasasen á sus descendientes, los cuales, por otra parte, tenían menos necesidades y eran de consiguiente más fáciles de llenar. Hoy, por el contrario, abundan los hombres cuya fortuna ó fuentes de recursos son sus talentos ó sus manos, y subsisten ellos y sus familias de su trabajo, de su ciencia, de sus negocios, de su actividad. Mientras viven sostienen su casa con abundancia, con comodidad y aun con lujo, pero al faltar ellos, falta la renta, falta todo á las familias, y muchas veces hasta el hábito del trabajo que pudiera en algún modo indemnizar de la pérdida sufrida.

¿Puede darse mayor infortunio para una familia que el de encontrarse sumida de improviso en una completa miseria? ¿Puede haber más triste preocupación para un padre que la de vislumbrar de antemano la aflictiva situación á que quedarán reducidos los que de él dependen, el día de su muerte?

El remedio de esos males sólo puede hallarse en el seguro de vida, que llena una gran misión poniendo á cubierto de la miseria á las viudas, huérfanos y ancianos; sirviéndoles de escudo contra la adversidad, y protegiéndole eficazmente cuando más lo necesitan. El esposo ó padre asegurado en una buena Compañía no se halla en la precisión de acumular fortuna á paso lento y á fuerza de economías y privaciones para sus protegidos, ni de atormentarse con la idea de que puede morir antes de cumplir este propósito: sabe que la Sociedad le garantiza una suma en efectivo, pronta para el día en que su familia pueda necesitar de ella, y este resultado lo obtiene sin sacrificio de ningún género, mediante el pago anual ó semestral de un corto premio.

A estas reflexiones que nos sugiere el conocimiento de las ventajas que proporcionan las pólizas llamadas de *vida*, podríamos agregar otras relacionadas con los beneficios que derivan de las pólizas *dotales*, de *vida*

en conjunto, etc., que son otras tantas aplicaciones del principio del seguro de vida; pero el espacio de que podemos disponer no nos permite entrar en mayores detalles.

Basta lo expuesto para que nuestros lectores puedan formar juicio de la excepcional importancia de la Sociedad «La Equitativa de Nueva York», propietaria del edificio cuyo grabado encabeza estas líneas; y ojalá que nuestro modesto trabajo haga comprender la humanitaria y civilizadora misión del seguro de vida, y pueda destruir la indiferencia con que en nuestro país se mira lo que en otras partes sirve de mayor consuelo al hombre previsora y amante de su familia que, separando una pequeñísima parte del producto de su trabajo, puede asegurar el bienestar futuro de aquella y su propia tranquilidad.

A.

LA LITERATURA MUSICAL EN ESPAÑA.

NADA hay más olvidado en la nación española que la literatura musical y todo lo que se refiere á este importante ramo de la ciencia.

En efecto, la literatura musical ó los estudios científicos y filosóficos del arte músico no tienen eco alguno para la mayor parte de los profesores españoles. Los unos contentábase con estadiar la composición é instrumentación; con dominar más ó menos un determinado instrumento, otros; y los más creen suficiente para desempeñar con satisfacción sus puestos respectivos, el conocer con mayor ó menor extensión y profundidad la teoría del arte. Pero esto es un absurdo: el artista digno de llevar con orgullo este noble epíteto, preciso es que, abandonando ajenas preocupaciones, olvidando su marcada apatía é indolencia, demuestre un vivo deseo por conocer las inmortales obras de esos grandes genios que el mundo admira; por conocer su vida, su manera de pensar, sus sentencias, sus consejos; preciso es que con decidido empeño ansie conocer el origen y vicisitudes y progreso del arte músico, sus épocas de apogeo y decadencia y los pueblos que á su adelanto contribuyeron; preciso es que conozcan los sistemas antiguos y modernos, que han sido adoptados por corporaciones ó institutos autorizados; y, finalmente, que desee adquirir entera noticia de los inventos é innovaciones que se hicieron y se hacen todos los días para perfeccionar el arte musical.

No basta al compositor conocer extensa y profundamente la ciencia armónica; necesita otros muchos conocimientos que coronen, por decirlo así, su educación profesional.

El hombre *mecánico*, el sintonista ó mero instrumentista, nunca hará otra cosa que dominar á su antojo el intérprete musical de su predilección, si no trata de educarse en la literatura del arte. Lo mismo decimos del que adopte por carrera la espinosa tarea de la enseñanza: debe poseer, para llevar dignamente el honroso nombre de maestro, grandes conocimientos en la literatura é historia para conocer los distintos sistemas ó métodos usados por sus antecesores, y escoger, para que nada falte á sus discípulos, algunos procedimientos que á veces se olvidan por antiguos, aunque para ello no haya razón fundada.

Los cantantes dramáticos no pueden ni deben contentarse con tener hermosa voz, bonita figura, modales finisimos: preciso es que, además de la música, canto vocal y arte mimico ó escénico, aparte de otros estudios, conozcan perfectamente la historia, para remontarse á la época en que se supone pasa la acción de la obra que se representa; imitar los mismos trajes, idénticas costumbres; y con dichos conocimientos podrán terminar dignamente su educación artística. (1)

Mucho pudiéramos extendernos en estas consideraciones, pero tememos, y con razón, sean éstas desatendidas.

Tenemos en España tres diccionarios de la música: el primero fué publicado en 1853; en 1859 el segundo, y el tercero en 1868. A pesar del tiempo trascurrido, después de la publicación de estos diccionarios, no se hizo siquiera una sola nueva edición de ninguno de ellos. Hicimos conocer en distintas ocasiones la necesidad de un *Suplemento* á todas estas publicaciones, ya que nada se determinaba para llevar á cabo una nueva edición; pero nuestras advertencias, nuestras súplicas, á pesar de estar fundadas en la necesidad de introducir nuevas voces en el arte, no dieron ningún resultado satisfactorio. ¿Qué prueba esto? Esta triste verdad demuestra la poca afición al arte musical,

(1) Los artistas dedicados á las representaciones teatrales deben poseer en primer lugar, los *Preceptos* de Boscio, rey de la escena; el *Manual de declamación* de Romea; la *Guía del cantante* por Giraldo; el *Tratado del arte mimico aplicado al canto*, de Gimenez, y algunas otras de este género.

el poco amor á la profesión y el poquísimo entusiasmo que tenemos por nuestras glorias artísticas.

En el extranjero se conocen los diccionarios musicales desde el siglo xv; en España desde la segunda mitad del presente. En el extranjero se anunciaba hace poco tiempo la séptima edición de una de aquellas obras: en España no hemos visto todavía una sola publicación de esta clase impresa por segunda vez; y no se alegue aquí que el Diccionario de Parada y Barreto, últimamente publicado, es muy completo: probado está que faltan en él más de 300 voces: sin contar la parte biográfica. ¿Creeráse tal vez que son inútiles estos libros al arte musical? Esta sería otra prueba más de la indiferencia con que miramos las obras que ilustran y esclarecen importantes hechos relativos al arte músico....

Es indudable que algunos ramos del arte musical están completamente desatendidos en nuestro vasto y rico territorio; pero lo que más necesita de pronta y enérgica reparación, de remedio enérgico é inmediato, es el cultivo de la literatura artística. En este género podíamos contar con sobrados elementos; mas, la indiferencia de unos, la ignorancia de otros, y el poco entusiasmo de los que generalmente se apellidan *hijos del arte*, son motivos más que suficientes para que en España no prosperen los estudios literario-musicales.

Con razón dice un escritor contemporáneo—y esto lo sabe por experiencia—que la crítica musical debe escribirse para todo el mundo, *sin contar para nada con los músicos*, al menos con los que en España existen hoy. Esto es una triste verdad, desgraciadamente: es una triste verdad que muchos conocen, pero que muy pocos tratan de oscurecer ó destruir.

El arte músico, lo mismo en España que en otras naciones, necesita protección oficial y particular; protección para los maestros, emulación y estímulo para los discípulos; entusiasmo y desinterés en los primeros, vocación, decidida vocación en los segundos. Así podría esperarse algo del arte y de su digno profesorado: de otra manera es imposible.

En nuestro suelo no se atienden las publicaciones y se rinde culto á las extranjeras, como si en la patria de Salinas, Carnicer, Andreu, Saldoni y Eslava no hubiese tratadistas, biógrafos, críticos é historiadores. Cuando tantos métodos tenemos en España, hay empeño en traerlos de allende los Pirineos, á pesar del indisputable mérito que tienen algunos de los que en nuestra nación vieron la luz pública. ¡Cosas de España!

Se dió principio á la publicación biográfica puramente nacional de más importancia que hemos conocido, debida al amor patrio de nuestro amigo el respetable maestro señor Saldoni; y á pesar de sus esfuerzos y buena voluntad tendrá que dejar su tarea falto de estímulo y protección. Nada importa que la ilustre Academia de la Historia haya dado, refiriéndose á dicha obra, un lisonjero informe al Gobierno; nada significa el recuerdo de nuestras pasadas y *oscurecidas* glorias musicales: publicado el primer tomo.... espera en vano su autor el *desprendimiento* y *entusiasmo* de los músicos españoles para dar cima á su monumento nacional.

Lo mismo viene sucediendo con algunas otras publicaciones, entre las cuales recordamos *Los poemas del pianista* de nuestro amigo el Sr. Pedrell (D. Felipe).—¿Se ha publicado más que el primer tomo de los *Poemas*?

El *Calendario musical*, cuya publicación es tan frecuente en otros países, estuvo descuidado en nuestra patria, hasta que el reputado y erudito crítico Mariano Sotano Fuertes, dió á conocer en Barcelona, en 1859, un folleto de este nombre, y continuó su publicación al año siguiente. Apareció en 1868 el *Almanaque musical y de teatros*, de autor anónimo; y en 1873 dióse á luz el nuevo *Calendario histórico* del Sr. Fuertes. Estas pequeñas obras vinieron á llenar un vacío inmenso en el campo de nuestra literatura musical; vinieron á cubrir una necesidad; pues ellas sirvieron para estimular en parte á nuestros profesores á que dedicasen algún tiempo al estudio histórico, crítico y filosófico del divino arte. Pero ¿se ha continuado la publicación de obra tan útil, como manual y económica?—No, desgraciadamente.

¿Que se observa respecto á periódicos artísticos en España? A periódicos ó semanarios donde debe ventilarse las cuestiones científico-profesionales; donde deben aparecer las buenas doctrinas para dar brillo al arte, ilustrando así al profesorado y aclarar sus dudas sobre cualquier hecho teórico ó práctico?....Corramos un velo.

VARELA SILVARI.

Coruña: 1878.

UN CARMELITA,

POR

J. M. GOMEZ COLON.

(CONTINUACION.)

III.

En la calle de Segovia, frente a la cuesta de los Caños Viejos, y esquina a la huerta de Ramon, se veía una casa de dos pisos con entresuelo, de pobre aspecto y de fachada renegrida.

En el piso bajo, se encontraban dos puertas, la una que daba paso a los pisos altos, y la otra perteneciente a una accesoria ocupada por un prendero, que tenía dispuesta su entrada de manera, cuanto en ella se veían con cierta gracia y provocadora ostentación, retazos nuevos y viejos, de todos precios y de varias telas.

La puerta del prendero, tan galana de día, estaba de noche asegurada con un hermoso cerrojo comprado en el rastro, y cualquiera al verle tan largo, tan grueso y con tan esmerada cerradura, podía creer que allí, más que trapos y guñapos, se encerraba algún tesoro.

La otra puerta estaba también cerrada y tenía su correspondiente llamador de hierro.

Aquella parte de la casa estaba silenciosa: no podía menos; los caños y la huerta eran sitios poco agradable para una noche fría, y que ya habían de ella trascurrido diez horas dadas en la iglesia de las Monjas del Sacramento.

En el bajo y estrecho balcon del entresuelo estaban dos mujeres asomadas y ya dispuestas para salir: ambas miraban con ansiedad hacia la izquierda, y aunque en lo interior había luz, apenas por lo velada se distinguía desde la calle.

Los precipitados pasos que llegaban por la parte de la plaza de la Cruz Verde, hizo que las asomadas echasen cuanto pudieron fuera del balcon, para descubrir más ampliamente la acera de la propia casa.

—Ahí viene.

—Sí, allí viene.

Y ambas mujeres, sin cuidarse de cerrar las vidrieras, corrieron hacia la estrecha y empinada escalera, la bajaron, saliendo precipitadas a la calle y se apresuraron a encontrar al que llegaba.

—Arturo.

—Julia, Carolina, ¿dónde vais?

—A la hostería a buscar que cenar.

—¿Qué capricho! A estas horas y de esta manera. Dejad, iré yo.

—Eso es, replicó Carolina, ahora iría nuestro Guardia tan guapeton y galoneado a comprar salchichas a casa del tío Andrés.

—No importa, me embozaré.

—Sí, objetó Julia, agitada y casi convulsa, y dejarás el sombrero en el arroyo, y al pagar ocultarás esa bandolera que está diciendo a cien leguas, que el caballero está de servicio en palacio.

Y al decir esto, empujaron las dos mujeres al galán hacia la casa, y ambas echaron a correr como para evitar toda oposición.

El guardia quedó un momento dudoso; pero su uniforme era sin duda un grave inconveniente, y el habersele recordado que estaba de servicio en palacio, anuló su frente, y haciéndole bajar la cabeza se encaminó pesaroso a la casa de aquellas atolondradas.

Estaba la puerta abierta; penetró por ella, subió la escalera, halló franca la entrada del entresuelo, la cerró: entró en la sala, y ni aún echó de ver que el balcon estaba abierto. Allí, sobre una mesa cubierta de papeles de música en desorden, había un bruñido velon con su pantalla, que daba sombra a los pocos y desordenados muebles de la habitación.

En medio había un brasero acabado de remover, y en cuya deslucida caja, se veía el fango ya seco de algunos súcios pies que se habían calentado: tres sillas estaban en redor.

Arturo, sin desembozarse, ni quitarse el sombrero, ocupó una de aquellas sillas, y sin saber lo que hacía, comenzó a remover con la badila el fuego abandonado.

Entretanto, Julia y Carolina, llegaron a la esquina próxima y la doblaron; pero en vez de continuar en su carrera, se habían detenido, y colocándose de manera que sin ser vistas, pudiesen observar todo lo largo de la calle.

Silenciosas, y como si ya fuese un plan convenido, Carolina se quedó en acecho; y Julia, recatándose y silenciosa, llegó a la puerta de su casa, escuchó, subió muy pausadamente la escalera, aplicó el oído, y sintiendo los pasos de Arturo en la sala y el ruido de las sillas y el de la caja del brasero al colocarse en él el Guardia, aprovechó la joven tan oportuno momento, cerró con llave la puerta que del entresuelo daba a la escalera y bajando ésta con

las mismas precauciones que la había subido, corrió hasta donde la esperaba anhelante Carolina, y ambas desaparecieron presurosas por aquellas solitarias y enredadas calles que van a las Vistillas.

IV.

¿Qué hacía entre tanto el Guardia?

Continuaba, no al amor de la lumbre, sino de las calientes cenizas del brasero; con la badila hacía signos cabalísticos en el aire, al aire dando también sus tumultuosos pensamientos.

Había su alma volado a la bonita casa de la Plaza de la Cebada; encerraba aquella preciosa jaula, aquel misterioso nido, una interesante niña que por primera vez amaba; casta niña que al dar un beso de amor, hacíalo con la candidez de la más pura inocencia. ¿Cuánto la amaba Arturo!

¿Por qué el apasionado amor se encontraba entonces en casa de Julia, en aquellas horas, estando de facción y faltando a dos sagrados compromisos?

¡Ay! Julia era tan graciosa, tan arrebatadoramente coqueta, tan espiritual y caprichosa, tan irresistible y zalameña; había de tal modo dominado los sentidos de aquel buen mozo, que no era posible negarle nada, cuando lo pedía con un mimo particularmente encantador. ¿Cuánto la quería Arturo!

Luisa, la hija del Gentil-hombre.... Lucía, la sobrina del Marqués de.... ¿Cuánto las adoraba Arturo!

Dieron las once.

Aquellas campanadas detuvieron las amorosas panorámicas reflexiones del Guardia, para fijarla más oportunamente en la exigencia que lo había conducido a aquella casa donde se hallaba tan a deshora é imprudentemente.

¡Estaba de servicio!

La inquieta mirada de Arturo se detuvo en las puertas de cristales que tenía delante; daba la una a la alcoba principal; comunicaba la otra con la antesala.

El Guardia esperaba por momentos ver entrar a Julia por allí; y sin embargo, era más pertinaz su vista a la puerta de la alcoba.

¿Se amontonaban a su mente el mundo de delicias que aquellos cristales habían velado silenciosos? ¿Estimulaba el deseo aquel manantial de apasionadas dulzuras, que una mujer experimentada sabía convertir en filtro embriagador?

Bien pudiera todo esto suceder; pero si a la mente de Arturo acudían en tropel los más locos, los más arrebatadores recuerdos, aquello de estar de servicio y descuidar conscientemente tan estrecha obligación, era como una bruma que oscurecía los más brillantes efluvios de su excitada imaginación.

Fijaba con porfiada é inexplicable pertinacia los ojos en aquella cerrada puerta de cristales el desasosegado Arturo.

Le dió frío.

Un vapor calenturiento coloreó su rostro.

Su corazón latía más fuertemente por minutos.

Aquella agitación le hizo levantar y ponerse a recorrer como una jaula la estrecha sala, dando al efecto largos pasos con ademan visiblemente contrariado.

Más de una vez se detuvo ante aquella cerrada puerta de cristales.

¿Por qué aquel injustificable deseo, y aquella inmotivada indecisión?

Arturo no lo sabía.

Un impulso irresistible le llevaba a penetrar en aquella alcoba, sin objeto definido; y una repulsión tan ciega como perseverante, hacíale desistir pesarosamente.

Casi se olvidaba de Palacio, de su servicio, y hasta del motivo que le detenía allí.

Dieron las once y media.

Y como si aquella única campanada hubiera sido la señal de un suplicio, Arturo se detuvo; sus ojos se inyectaron de sangre; sus labios perdieron el color; y por un movimiento brusco y arrebatado, rompió, más que abrió, la acristalada puerta de aquella silenciosa alcoba.

Penetró....

Se oyó un grito desgarrador, estentóreo; uno de esos gritos que no tienen igual, é imposible al parecer que un hombre los produzca.

Arturo apareció en la puerta, y en ella quedó cadavérico petrificado, sin acción, mudo, trémulo, vacilante: sus ojos desmesuradamente abiertos, miraban sin ver, una sangrienta espada frenéticamente empuñada con la diestra mano, y en la siniestra un rollo de papeles también tintos en sangre.

Por el alma de aquel hombre debía de haber pasado algo muy horrible.

Con los brazos hacia adelante cual si quisiera detener una espantosa realidad; con el cuerpo encorvado como si le agoviasse la pesadumbre de un horrorífico acontecimiento; gruesas gotas de frío sudor cayendo de la frente.... más que un hombre parecía Arturo una estatua del dolor.

Dieron las doce.

La vibración de aquel sonido, hallando eco en el paralizado corazón del Guardia, volvióle a la vida real, a la vida del sentimiento.

Desatentado, como loco, corrió a la puerta de la escalera, quiso abrirla; no hallaba medio; forcejeó, se ensangrentó las manos con la cerradura, todo fué inútil; estaba cerrada con llave.

Un rayo, que hubiera caído a los pies de aquel hombre, hubiérale parecido menos terrible que la realidad que fúnebremente se desenvolvía ante aquella imaginación atribulada.

Corrió Arturo por el pasillo adelante, visitó todas las habitaciones; nada: en ninguna había cosa parecida a la necesaria para desquiciar una puerta.

El Guardia iba a desfallecer; pero de improviso dió una fuerte patada en el pavimento, al propio tiempo que en su frente brilló pasajero un rayo de esperanza: acomodó como pudo la ensangrentada espada: ocultó en su vestido el rollo de papeles; se quitó la capa, la lió a su pecho, y corrió al balcon que permanecía abierto; se asomó, midió la altura; se montó sobre la barandilla, se deslizó agarrándose a los hierros, buscó con los pies la percha donde el prendero del piso bajo colocaba su mostruario; se aseguró en ella, extendió la pierna derecha hasta encontrar el fuerte cerrojo de la puerta, desprendió entonces la única mano que le quedaba en la solera del balcon, y cayó de pie en las baldosas de la calle.

Poner los pies en el suelo, embozarse, encasquetarse el sombrero, y echar a correr por la calle de Toledo, hacia arriba, fué todo uno.

Ya era tiempo.

Subía con mesurado paso y sosegado continente una patrulla por la misma calle; pasó por ante aquella casa del balcon abierto, sin echarlo de ver, y siguió su camino con imperturbable tranquilidad, hasta perderse el monótono pisar de los soldados allá a lo lejos.

(Continuará.)

NOTICIAS.

Agradecemos mucho al *Industrial*, de Jaén, las poesías que dedicadas a nuestra Directora ha publicado en sus últimos números.

Hemos recibido *El Cometa*, periódico científico y literario que se publica en la República del Salvador, en Centro-América, y *Bellini*, revista literaria artística y teatral que se publica en Catania (Italia).

Aceptando ambos cambios agradecemos el envío.

La función dada el día 8 a beneficio de D. Nicolás Carmona en el teatro *Principal*, fué sumamente agradable por el perfecto desempeño de la linda comedia de Breton *La Independencia*, y la graciosa pieza *Doce retratos seis reales*. El público que era muy numeroso, no dejó de aplaudir a los actores que estuvieron acertadísimos.

La Academia filarmónica de Sta. Cecilia, ha dado el día 12 un notable concierto que suponemos será el primero de la temporada de Otoño, pues el público gusta mucho de este escogido centro, donde tan buena música se oye, y tan distinguida concurrencia se encuentra.

A continuación damos la lista de las piezas tocadas que fueron extraordinariamente aplaudidas:

Primera parte.—1.º *Le Bananier*, de Goltachalk, arreglo para sexteto.—Juaranz.

2.º *Roberto il Diavolo*, fantasía para violín, por D. José Hierro.—Alard.

3.º Concierto en *Sol menor*, para piano, por la Srta. Doña Milagros Gautier.—Mendelssohn.

4.º Concierto en *Si menor*, para violoncello, por D. José de Castro.—Servais.

Segunda parte.—1.º *Melodia*, para piano, armonium, violín y violoncello.—Jimenez.

2.º *La Melancolie*, para arpa, por la Srta. D.ª María de la Concepción Viniegra.—Godefroid.

3.º *a—Nocturno* núm. 1.—*b—Mazurka*, para violoncello, por D. José de Castro.—Chopin y Rubisteir.

4.º *Meditacion*, sobre motivos de *Faust*, para piano, armonium, violín y violoncello.—Gounod.

Ha fallecido en Jaén la distinguida poetisa y muy querida amiga nuestra, Sra. D.ª Josefa Sevillano y Morillas Cáceres de Toral. El afecto verdaderamente fraternal que la unía con nuestra Directora, no se ha desmentido ni un momento, pues no sólo había dedicado a ésta un gran número de sus poesías, sino que enferma ya de muerte, quizás la última que escribió fué para su amiga. Su talento, sus virtudes, su cariñoso trato y sus bellísimas dotes, han de hacer generalmente sentida su muerte.

Enviamos a su familia nuestro sincero pésame, pues to-

mamos una gran parte en el sentimiento que la aqueja.
R. I. P.

Hemos tenido el gusto de ver en el escaparate de la Camisería del Sr. Orozco, dos preciosas pinturas debida al pincel del ya conocido artista Sr. D. Andrés Pastorino. La una representa á *D. Juan de Austria* visitando á Cervantes herido en la batalla de Lepanto, y la segunda la titula su autor *Se quitó la máscara*. Ambas composiciones revelan esquisito gusto y suma inteligencia.

En el corriente mes ha de quedar formada en Cádiz la junta de la *Federación literaria*. Advertimos á los señores que quieran ser socios, envíen sus adhesiones á la presidenta, Doña Patrocinio de Biedma, Herrador 8, para poder presentar sus nombres como *Socios fundadores* en la primera reunión.

Creemos inútil advertir, pues lo dice el reglamento de dicha *Federación*, que no es necesario ser escritores para ingresar en ella.

La idea es tan útil, que no dudamos se apresuren á acogerla todos con entusiasmo.

Adhesiones recibidas hasta el día de la fecha para la *Federación literaria* en Cádiz:

D. Cayetano del Toro.
D. A. Alvarez Jimenez.
D. R. Alvarez Espino.
D. Francisco Dolarea.
D. Juan de V. Portela.
D. Francisco Alvarez Sanchez.
D. J. M. Gomez Colon.
D. José Rivas.
D. J. Rodriguez y Rodriguez.
D. M. Lopez Azubalde.
D. Enrique Gillis.
D. E. Moresco.
D. Carlos Kotsk.
D. José María Bioseco.
D. José María Mateos.
D. Faustino Diaz.
D. José Soler.
D. Juan de Burgos.
D. José Inigo.
D. Francisco Martinez.
D. Adolfo Malat.
D. Rafael Ramos (Canarias).
D. Carlos Mantilla.
D. Servando A. de Dios.
D. Juan de Pol.
D. I. Gomez Plana.
D. M. Amusatagui.
D. Teodomiro Herrera.
D. José de Dios.
D. José Rivas y Garcia.
D. Alfonso Moreno Espinosa.
D. F. Estudillo.
D. Manuel Gutierrez de la Vega.
D. Javier de Burgos.

Rogamos á los Sres. que quieran formar parte de la *Federación* continúen remitiendo sus adhesiones á la dirección del CÁDIZ.

Hemos recibido el prospecto del elegante semanario ilustrado *La Semilla*, y le devolvemos su afectuoso saludo, deseándole prosperidades en el cumplimiento de su honrosa y civilizadora misión.

En este número publicamos una bien escrita *Carta de abajo*, debida á la brillante pluma del Sr. Ocampo, contestando á *Juan de Padilla* que nos envió otra no menos notable *Carta de arriba*. Aunque tenemos una especial satisfacción en honrar nuestras columnas con los escritos de los distinguidos publicistas que han sostenido la controversia sobre *Revoluciones* les rogamos la den por terminada, pues esta revista, por sus condiciones, no podrá sostener una polémica, y le será doloroso negarse á complacer á los que tanto aprecia como amigos, y admira como escritores.

Los periódicos de Madrid han recordado en el aniversario de la muerte del Marqués de Zafra, las virtudes que le adornaban como perfecto caballero. No puede ofrecerse mayor consuelo al dolor de sus hijos que darles á conocer que si ha pasado su forma, vive inmutable la memoria de lo que valía!.

La última poesía que ha publicado la Sra. Sevillano de Toral, estaba consagrada á nuestra Directora, y en ella le pedia fuese á rezar sobre su tumba. Extraña coincidencia! Esa poesía que se escribió cuando la malograda poetisa gozaba de buena salud, ha visto la luz el mismo día en que se daba sepultura á sus restos mortales.

Hé aquí el final de esta composición, que inserta el *Industrial* de Jaen:

Ven, Patrocinio, ven!... De gozo llena
Te estrecharé en mi seno palpitante,
Y buscaré mi corazón amante
Tu hermoso corazón;

Yo seré para tí, mi fiel amiga,
Como siempre tu hermana cariñosa,
Y en tu trova sentida y melodiosa
Beberé inspiración.

Que si hoy por dicha los cantares mios
Unidos ván á tu laud sonoro,
Que dulce brota de sus cuerdas de oro,
De armonía un raudal;

Acaso del destino los rigores
Vertiendo llanto, Patrocinio mía,
Te harán alzar sobre mi tumba fría
¡Tu canto funeral!

Que Dios haya acogido en su seno el alma de nuestra infortunada amiga!

Con verdadero dolor enviamos nuestro sentido pésame á la familia del Sr. D. Eduardo J. Montalvo, cuya muerte, acaecida repentinamente en esta capital, ha sido extraordinariamente sentida por cuantos tenían la honra de tratar al Sr. Montalvo, y conocían las bellísimas dotes de ilustración, bondad y afecto que le adornaban.

¡Que Dios le haya recibido en su gloria, y dé consuelo á su familia en tan inmenso dolor!

Hemos recibido un notable libro que contiene la historia de los hechos del *Ejército del Centro* desde su creación en 28 de Agosto de 1874 hasta el 1.º de Octubre del mismo año, escrita por su general en jefe el Teniente general D. Manuel Pavía y Rodríguez de Alburquerque.

La obra es altamente interesante y no dudamos que será leído con el aprecio que merece.

Agradecemos á nuestro distinguido amigo su recuerdo.

Hé aquí la lista de los artistas que componen la compañía cómica dramática que ha de trabajar en el Teatro *Principal*, bajo la dirección del primer actor D. José Sanchez y Albarran.

Actrices.—D.ª Carmen Genovés, D.ª Candelaria Carrion, D.ª Josefa Cruz, D.ª Elvira Selma, D.ª Isabel Suarez, D.ª Rafaela Rodriguez, D.ª Emilia Conde, D.ª Clotilde Garcia, D.ª Josefa Ortiz, D.ª Aurora Esquivel, D.ª Encarnacion Martinez, D.ª Josefina Ruiz.

Actores.—D. Alejandro Olaso, D. Francisco Gomez, D. José Rodriguez Capilla, D. Manuel S. Bethancour, D. Rafael Bermudez de C., D. Bernardo Martinez, D. Mariano Ruiz, D. Manuel Garrido, D. Luis Infante, D. Ricardo Sanchez, D. Francisco Garcia, D. José Aranda.

Apuntadores.—1.º D. Juan Chazarri.—2.º D. Rafael Rodriguez.

Conocidos ya del público gaditano los artistas que aquí figuran, no puede ménos de augurarse un éxito satisfactorio á la temporada cómica que comienza en nuestro agradable coliseo, siendo muy dignos de elogio y gratitud los esfuerzos de la empresa por dotar á Cádiz de un espectáculo tan civilizador y grato.

Como hemos de dar parte á nuestros lectores de las obras que se ejecuten no publicamos lista del repertorio que ofrece la compañía, en el cual se ve cuanto de notable conocemos.

El día 15 del corriente, cantó la primera Misa en la iglesia Parroquial Castrense el Pbro. D. Francisco de Asis Vera, predicando en dicho acto el Sr. Ldo. D. Pablo Medina y Guerrero, y dignándose apadrinarlo el Emmo. Sr. Cardenal Patriarca de las Indias, representándolo en dicha solemnidad el Excmo. Sr. D. Adolfo de Castro.

Agradecemos infinito la invitación que para asistir á dicho acto nos dirigió el Sr. Castro, y felicitamos al nuevo sacerdote.

Ha tomado posesión del cargo de Director de la línea férrea de Sevilla á Jerez y Cádiz el Sr. D. Eduardo Bouschardan, por haber sido destinado á la línea de Mérida, el que tan dignamente desempeñó aquella dirección Sr. Casilari.

El Sr. Bouschardan que merece por sus honrosos antecedentes el puesto que ocupa, nos hace esperar por sus reconocidas dotes de actividad, celo é ilustración, que no echaremos de ménos al Sr. Casilari.

Enviamos al nuevo jefe de la línea de Sevilla á Cádiz, nuestras felicitaciones y nuestro cordial saludo.

El 18 tuvo lugar en el Teatro *Principal*, otra función dada por los jóvenes aficionados que forman la *Sociedad Dramática*, poniéndose en escena, por el Sr. D. Luis de Abarzuza el precioso monólogo en verso del Excmo. Señor D. Adolfo de Castro, *La gota de rocío*, la comedia *A un cobarde otro mayor*, y la pieza *Candidito*.

Los Sres. Abarzuza, Lopez, Romero, y Garcia, y las actrices señoras Carrion y Cruz, estuvieron acertadísimos en el desempeño de sus respectivos papeles.

Hemos tenido el gusto de saludar á nuestro querido amigo el Excmo. Sr. D. José de Velasco, que de paso para Ceta, á donde vá como Comandante general, se encuentra en esta plaza. Aunque se detendrá muy poco, siempre tendrá ocasión de conocer las vivas simpatías y gratísimo recuerdo, que hacía él, y de su mando conserva Cádiz.

Después de una larga y penosa dolencia, ha fallecido en Madrid D. José de Campo y Navas, redactor que ha sido muchos años de *La Correspondencia de España*, y uno de los periodistas más conocidos por su actividad, laboriosidad é inteligencia.

De todas veras lamentamos esta dolorosa pérdida que experimenta la prensa, y acompañamos en el sentimiento á su apreciable familia.

La *advertencia* que ha aparecido en el número anterior del CÁDIZ y reproducimos á continuación en nada se refiere, ni podía referirse á nuestros colaboradores, ni por supuesto á nuestros redactores.

ADVERTENCIA.

Siendo imposible á la Dirección del CÁDIZ admitir todos los escritos que se le dirigen, pues su numerosa redacción le ofrece un material exuberante para los tres números mensuales, y sintiendo tener que dar una negativa que ofende á los autores, sin fijarse en la imposibilidad, la Sra. Propietaria ha decidido abrir una *Sección de remitidos* completamente á la disposición del público como es costumbre en muchos periódicos americanos, en la cual se publicará todo aquello que no ofenda á la moral ni á las leyes, ni á ninguna personalidad, siendo agena la Dirección y Redacción del CÁDIZ á las condiciones de esos trabajos que firmarán sus autores, que pueden servir de estímulo á muchos, atendida la gran circulación del CÁDIZ.

Sea prosa ó verso, los señores remitentes pagarán, adelantado, un real por línea, lo cual satisfará los gastos que proporciona este aumento de lectura.

Dirigirse á D.ª Patrocinio de Biedma, Cádiz.

Se admite el pago en sellos ó letras.

ANUNCIOS.

VAPORES CORREOS



DE A. LOPEZ Y COMPAÑÍA.

Para Puerto-Rico y Habana

De Cádiz, los 10 y 30.—De Santander el 20, tocando en Coruña el día siguiente.

Más informes de los Agentes en Cádiz, A. Lopez y Compañía.

OBRAS DE LA SEÑORA DOÑA PATROCINIO DE BIEDMA.

En Cádiz librería de Morillas, San Francisco 36; Revista Médica, plaza de San Agustín, 4 y 5: en Madrid en las principales librerías.

CADIZ: 1878.

TIP. LA MERCANTIL

DE D. JOSÉ RODRIGUEZ Y RODRIGUEZ, editor.
Sacramento, 39 Párrafo 8.